

¿Qué fue de la estética democrática?

Noviembre 2000-noviembre 2003: tres años del cambio de régimen, de apertura democrática.

Al comienzo nuestro discurso era: aprovechemos que así como a fines de los ochenta la democracia se devaluó por haber quedado asociada –después del fracaso de sucesivos gobiernos democráticos– a violencia, hiperinflación, caos y todos los males de este mundo, a fines de los noventa lo caído en desgracia era el autoritarismo, gracias a lo que significaron para el país los diez años de Fujimori y Montesinos, especialmente en términos de gran corrupción.

Tres años después, la pregunta es: ¿supimos aprovechar la oportunidad, o hemos provocado nuevamente que el péndulo esté de regreso?

Nuestra percepción es que, lamentablemente, se está instalando un nuevo sentimiento de escepticismo frente a la democracia, un desencanto. Y no solo porque la democracia sigue sin poder demostrar que sí se come, es decir, que las formas democráticas se pueden

convertir en ventajas económicas y sociales para todos (inclusión social), sino porque ni siquiera ha marcado una diferencia esencial, de principio, en cuanto al uso del poder político.

¿Podemos ver acaso a un régimen político por lo menos dedicado a tiempo completo y empeñado en hacer un buen gobierno? No: lo que vemos en términos generales –con honrosas excepciones, que de hecho las hay– es un régimen político dedicado a superar las crisis, generalmente provocadas por actos de irresponsabilidad, frivolidad, desidia, incapacidad e incorrección, estos últimos cada vez más frecuentes y de mayor calibre.

Nuevamente estamos ante una dinámica política ensimismada, al ras del suelo o cuesta abajo, sin ningún tipo de estética, cada vez más desapegada de la dinámica social llena de demandas, necesidades y expectativas. Y ya sabemos lo peligroso que es ese ensimismamiento y ese desencuentro, pues en un país con grietas y fisuras de todo tipo, es muy fácil pescar a río revuelto.